

En el interin los otros convidados se habian dirigido á la calle, arrancando algunos, al atravesar el vestíbulo, las antorchas de manos de los tres criados que estaban al pié de la escalera alumbrando.

Dieron todos juntos algunos pasos por la calle, y al llegar junto á la tapia del jardín de Doña Juana, Leoncio de Rocas, parándose el primero, se volvió y dijo:

—Aquí!

En seguida desnudó la espada. No habia acabado aun de abandonar la vaina, cuando ya Entenza mostraba la suya en su mano.

Los demas compañeros de orja, conociendo que ya toda reflexion seria inútil, se contentaron con el papel de simples espectadores.

Acercaron las antorchas que siniestramente brillaban y el combate empezó.

Fué corto. Los aceros se encontraron, resbalaron, dejaron oír su metálico choque. Un momento despues, Leoncio de Rocas caia atravesado el corazon de una estocada.

Aquella misma noche, á hora ya muy adelantada, un mensajero de toda confianza depositaba en manos del príncipe de Galilea esta carta.

«Príncipe mio:

«Os acordais de la historia de esta mañana?

«Pues bien, he ahí lo sucedido esta noche.

«Cenando tranquilamente nos hallábamos en mi casa, cuando al noble joven Leoncio de Rocas se le ha ocurrido proponer un brindis á la reina. Hugo de Entenza, cuya intimidad con la reina, como sabeis, es conocida de toda la corte, se ha figurado ver en este brindis un insulto, y, sin que viniera al caso, ha llenado de denuestos al de Rocas.

«Este, naturalmente irritado, ha respondido con espresiones entre las cuales se ha oido claramente la de *amante de la reina*, señalando á Entenza. Hugo, como si temiera que sus revelaciones fueran mas lejos, ha arrojado su guante al rostro de Leoncio, guante que ha sido recojido en el acto. Todos los amigos se han entonces interpuesto; el de Rocas, exasperado y con el calor natural al hombre que tiene razon, ha hablado de la amistad de Hugo con la reina aun antes de casarse esta, ha hecho notar ciertas circunstancias que habian pasado desapercibidas, y decia no se qué á punto fijo sobre el nacimiento del hijo del rey, cuando Entenza cojiéndole de una mano le ha arrastrado fuera de la sala y de la casa, llevándoselo ante las tapias de mi jardín donde, despues de un rápido combate, le ha muerto de una estocada diciéndole al verle caer — Ya te callarás ahora.

«Tal es, príncipe mio, la relacion de lo que ha pasado en presencia de muchos nobles que como yo os lo referirán.

«Vuestra amantísima

JUANA.»

No mentía en verdad la de Guálveri cuando decia que muchos nobles referirian la relacion como ella. En efecto, tal era el giro que la intrigante cortesana habia sabido dar á la ocurrencia, y con tal ingenio y astucia habia ido haciendo las observaciones, con tal maña fué imponiendo las palabras que decia haber oido salir de los labios de Leoncio de Rocas, que muchos juraban con ella haberlas oido tambien, y que dos horas despues del lance, todos estaban persuadidos de que la causa habia sido la reina, cuyo amante era Hugo y cuyo secreto amor habia descubierto Leoncio.

Al siguiente dia, no se hablaba de otra cosa en la corte, y el honor de la reina iba á mal traer de boca en boca.

La reina era sin embargo la única que nada sabia de lo ocurrido.

Diéronse tan buena maña el príncipe Don Juan y la de Guálveri en propagar lo del lance, en contar, aumentándolos, todos los detalles, que no faltó un cortesano, vil adulador del príncipe, que escribió al rey Don Pedro, mostrándose celoso de su honor, y refiriéndole cuanto corria en Nicosia tocante á la reina su muger.

Recibió el rey esta carta como un dardo en mitad del corazon. Abandonó sus empresas, sacrificó sus esperanzas, y dió inmediatamente la vuelta para Chipre, presentándose inopinadamente en la corte.

Recibióle Leonor con lágrimas de ternura y tuvo Don Pedro que disimular recibiendo sus abrazos sin dejar traslucir todo el abismo de congojas, todo el caos de confusiones que llevaba en su pecho. En seguida, llamando á los ministros de su corona, prudentes y sabios varones á cuya custodia habia confiado la reina, dióles á leer la carta que recibiera, y les encargó que brevemente se informaran de cuanto pasaba, dejando á su arbitrio lo que con la reina se habia de ejecutar.

Los ministros buscaron, interrogaron, rastrearon y se convencieron de la falsedad de la carta. Resolvieron pues serenar el ánimo del rey con razones, de modo que ni rastro de sospechas pudiese quedar en su imaginacion de tan feo delito, protestar de la honestidad de la reina con su misma virtud, y condenar á infame muerte al acusador.

Todo se hizo así. Don Pedro quedó satisfecho, y el noble que tan vilmente

habia osado al honor de la reina, fué llevado al castillo de Cerines donde se le dejó morir de hambre y de sed en una oscura prision. En cuanto á Doña Juana de Guálveri fué desterrada de la corte.

Al quedar convencido el rey de la inocencia de su amante esposa, todo le parecia poco para lavar la sospecha que momentáneamente le habia hecho concebir la duda, y á fuerza de cariño, hizose tirano.

Tirano, sí, cruel tirano.

Los tormentos que su corazon habia sufrido, los celos rabiosos que habia experimentado, las dudas horribles que habia cobijado, todo quiso hacerlo pagar con creces á los que de ello habian tenido la culpa, y su espíritu se bañó voluptuosamente en los deseos de la mas terrible venganza.

—Los nobles de Chipre, —decia rechinando los dientes, —han osado contra el limpio honor de mi esposa. Oh! yo quisiera que esos nobles tuvieran una sola garganta, como de los romanos lo deseaba Calígula, para cortar todas las cabezas de un solo tajo.

A todo esto, la reina, la noble y virtuosa reina, ignorante de todo, permanecia en el interior de su palacio ocupada en la educacion de su hijo Pedro, al que desde niño guiaba ya por el sendero de la virtud por donde mas tarde queria encaminar sus pasos.

Un rabioso espíritu de venganza parecia haberse apoderado del monarca; era un vértigo. De todos los nobles que habian atentado contra la honra de su esposa, á los unos los desterraba, á los otros los encerraba en un castillo, á algunos los mandaba decapitar en secreto.

Con esto, empezó á circular la voz de que el rey Don Pedro atropellaba con la vida y la honra de los nobles; que no estaban seguras de su antojo sus hijas y sus mugeres; que fuera de estar dominado por el dictamen de la reina su esposa, le habia revestido sus crueles venganzas y atrocidades; y que era conveniente al bien comun que el rey muriese porque de otra manera no podian vivir ellos.

Todas estas ideas ya se comprenderá quien trataba de injerirlas.

Era en efecto Don Juan. De su palacio, como un santo y seña, salian todas las noticias que propalarse debian por la ciudad de boca en boca.

Corrió en este tiempo otro rumor, reconociendo el mismo orijen que los otros, y fué que el rey disponia un espléndido y majestuoso banquete en el castillo de la ciudad, donde habian de concurrir todos los grandes y poderosos del reino, y que en él se trataba de dégollar á los postres á todos los convidados.

Nadie dudó de esta crueldad, acaso porque eran muchos los que debian temer.

Así pues, todos los principales se reunieron en el silencio de la noche en el palacio del príncipe de Galilea, y allí decidióse dar muerte al soberano. Trazose el plan, escojiose el momento, y quedó todo arreglado.

Pocos dias despues, los conspiradores penetraban armados en palacio á la hora de corte, y al abrirse la puerta del gabinete del rey para que el paje le anunciara á todos los nobles reunidos, estos se precipitaron en tropel en la real cámara y cayendo juntos sobre el indefenso Don Pedro, diéronle tres estocadas dejándole sin vida.

Tan pronto como se supo la infausta y alevosa muerte del rey, conmovióse contra los nobles la ciudad toda, pero el príncipe Don Juan, que ganado tenia el ejército, se hizo titular en el acto gobernador del reino, y desplegando un imponente aparato militar hizo que forzosamente se calmaran los ánimos.

Don Juan, cuando hubo á duras penas calmado el tumulto que hervia, intentó, pero no se atrevió á coronarse. Temió la cólera del pueblo si alargaba su mano para robar de las sienes de un niño la corona que le pertenecia de derecho.

Guardó pues para mejor ocasion su deseo y no quiso desplegar en todo su vuelo la ambicion que le roia.

Contentóse con el título de gobernador por el pronto.

Quién, durante su gobierno, puede atreverse á describir el cuadro de desolacion y de amargura que presentó la historia de la reina?

Pobre muger! pobre santa muger! Rodeada de algunos fieles servidores, que se partian las horas para no abandonarla ni un solo instante, estaba entregada á una congoja tan mortal como continua, temiendo por su hijo, por el pedazo de su corazon al que podian asesinar como habian hecho con su padre.

Las horas pasaban para ella preñadas de zozobra. Retirada en el fondo de su palacio, sin perder de vista ni un instante á su hijo, creyendo á cada zumbido del viento, á cada puerta que se abria, á cada paso que se acercaba, que eran los verdugos que venian para apoderarse del heredero del trono, la infeliz muger, la desgraciada reina contaba por las lágrimas que vertia los momentos de vida que pasaba.

Era un atroz, un horrible, un insoportable martirio. Vivía penando, moria viviendo.

Mientras tanto, todo en la corte era lujo, gala, bullicio, animacion, escándalo. Doña Juana de Guálveri, llamada á su lado por el príncipe, era heroína en todas las fiestas, y la cortesana era la verdadera reina de Chipre.

Apenas, sí, entre tanta danza, tanto sarao y tanta orjía, se acordaba nadie de la reina.

Esta, que todo lo temia, que todo debía temerlo por su hijo; ella, á quien la sombra ensangrentada desu marido podia presentarse á demandarle cuenta del porvenir del jóven heredero de la corona, llamó un dia á su mas leal y mas constante defensor, á Hugo de Entenza, el mismo que se habia escojido como medio en una noche de orjía para motivar las calumnias contra la reina.

— Hugo, — le dijo Doña Leonor derramando crueles lágrimas, — Hugo, eres mi constante amigo, no es verdad?

— Y me lo preguntais, señora? Dia y noche no velo yo á vuestro lado? No me veis por la noche dormir en el duro suelo atravesado ante la puerta de vuestra cámara, para que nadie pueda entrar sin pisarme? No me teneis de dia, siempre á cuatro pasos de vos, dispuesto á lanzarme contra cualquiera que se os atreva de obra ó de palabra?

— Sí, y te doy las gracias, Hugo, te las doy por mí y por mi hijo, ese pobre huérfano al que acaso arrebatan el trono de sus abuelos los asesinos de su padre. Te las doy con tanto mas ahinco, cuanto que te necesito ahora.

— Disponed de mí.

La reina se quedó un instante meditabunda.

— Hugo, amigo mio, es mucho lo que voy á pedirte.

— Señora, disponed de mí, os repito.

— Es que es acaso el.....

Y Doña Leonor se interrumpió. Miróla el jóven.

— El sacrificio de tu vida, — continuó.

— Cuándo habeis visto, señora, á un Entenza retroceder en el camino de la lealtad? El dar por vos la vida, reina mia, no es un sacrificio, es un deber.

— Gracias de nuevo, Hugo! Oye pues. He escrito unos pliegos para el sumo pontífice Gregorio XI, para mi padre el infante Fray Pedro, y para mi primo el rey Don Pedro de Aragon. A todos manifiesto la situacion congojosa y apurada en que me encuentro, á todos pido proteccion, no para mí, sino para mi hijo cuya tierna vida pelagra mientras esté su tio apoderado de las riendas del estado y sometido á los consejos de los infames que le rodean. Necesito un hombre de confianza, de valor, un hombre dispuesto á todo que se encargue de llevar secretamente estos pliegos á su destino. Quieres ser tú ese hombre?

— Señora, demasiada honra me haceis en elejirme. Dadme los pliegos, que, ó yo moriré ó ellos llegarán.

La reina estrechó con efusion la mano de Hugo.

— Y si te prenden? — dijo.

— No me encontrarán los papeles.

— Qué harás pues de ellos?

— Me los comeré.

La reina entró en su gabinete y le dió los pliegos.

Al dia siguiente partia el valeroso de Entenza.

Como llegó á noticia del príncipe Don Juan? no se sabe, pero es el caso que supo la partida de Hugo, que no le quedó duda de que era el jóven portador de unas cartas que le habia entregado la reina.

Dió pues órdenes en su consecuencia, y el jóven caballero catalan fué preso en el mismo instante en que se iba á embarcar en Famagusta para Aviñon.

Conoció al momento que estaba vendido, y aprovechando un momento de distraccion en sus guardias, rompió con los dientes los pliegos y se los tragó, fiel á la promesa que á Doña Leonor hiciera.

Se le trasladó á Nicosia.

Encerrósele allí en una oscura prision, á la cual se dignó bajar al dia siguiente el mismo príncipe de Galilea en persona.

— Hugo de Entenza, — dijo Don Juan adelantándose fija su torva mirada en el preso, — voy á interrogarte; no mientas.

— Un Entenza jamás ha mentado, — contestó el prisionero con desprecio.

— Cuando se te ha puesto preso en Famagusta, á donde ibas?

— A Aviñon.

— A qué?

— A ver al papa.

— Con que objeto?

— Con el de entregarle un pliego.

— Quien te habia dado este pliego?

— Esto es lo que no os diré.

— Hugo!

— No os lo diré, repito.

— Bien, no riñamos por esto. Te lo habia dado la reina, ya lo sé. Donde tienes ese pliego?

— Me lo he comido.

Don Juan miró al prisionero. En seguida, dirijiéndose á él con cariñoso acento:

— Hugo, — le dijo, — dame ese pliego y pídemelo lo que quieras.

— Repito que me lo he comido.

— Dime al menos lo que en él decía la reina.  
 — No lo sé.  
 — Dímelo, Hugo, te daré en cambio riquezas, honores...  
 — No lo sé. Y no os empeñeis, que todo será en vano. Ni una palabra mas me arrancareis. He dicho todo lo que sabia y podia. Hacedme matar, pero no diré nada mas.

Don Juan crispó sus puños de cólera.

— Te lo hará decir el tormento, — exclamó.

— Le desafío, — dijo el noble jóven.

Aquella misma noche Hugo de Entenza era puesto en el tormento. En vano le torturaron, en vano le destrozaron y martirizaron. Ni un ayl salió de sus labios.

Tres dias despues, volvía el jóven á sufrir el tormento, y lo volvía á sufrir con el mismo valor, con la misma decision, con la misma entereza, con el mismo silencio.

Furioso el príncipe Don Juan, le condenó á muerte.

Hugo de Entenza subió al cadalso sin desplegar los labios, y murió arrojando una mirada á las ventanas de la reina, ante las cuales, para mayor escarnio de ella, se habia levantado el tablado.

Murió como héroe, murió como mártir!

Sin su leal y constante defensor, la situacion de la reina se hizo mas crítica, mas comprometida; la situacion de la madre se hizo mas triste, mas dolorosa.

No obstante, sin que la pobre Doña Leonor diese de ello noticia, en toda Europa se supo al momento su angustiada posicion, y al saberla, el primero que pasó á Chipre, fué el humilde franciscano fray Pedro de Aragon.

Al hallarse en brazos de su padre, la reina se creyó salva. Tanto habia rogado al cielo que el cielo la habia atendido.

Contóle sus pasados sufrimientos, sus horas de insomnio y de amargura, sus momentos de llanto y desesperacion, díjole todo el siglo de torturas que habia sufrido en tan corto tiempo.

Fray Pedro admiró su valor heroico, su resignacion constante, su abnegacion sublime; fortalecióla, dióla consejos, dióla esperanzas.

En efecto el partido de Don Juan iba debilitándose entre los nobles y robustecíase el de la reina.

La tiranía del príncipe les era á todos insoportable, la resignacion angélica con que Doña Leonor soportaba sus sufrimientos les era á todos simpática.

En esto, los reyes de varias naciones enviaron embajadores é interpusieron su autoridad en los asuntos de Chipre.

El niño Pedro, hijo del asesinado monarca, habia cumplido catorce años, y el momento era llegado de que ciñera sus sienes la diadema.

Don Juan no pudo oponerse, tuvo que ceder.

Celebrose la coronacion del jóven rey en Nicosia y en 1371, con gran aplauso y con majestuosa pompa.

Pocos dias despues, el príncipe Don Juan, que acababa de recibir la orden de destierro, moría á manos de una turba que se precipitó en su palacio y le dió de estocadas á los gritos repetidos de:

— Muera el traidor, el desleal, el fratricida!

Cuando todas las cosas de Chipre estuvieron arregladas, cuando pudo ver Doña Leonor sentado en el trono de sus abuelos al hijo querido por quien habia pasado tantos años de desgarradoras angustias, cuando le hubo enlazado á la hermosa Valentina, hija del duque de Milan, llamole un dia á su cámara y le manifestó que habia llegado el momento de separarse.

— Separarnos! — dijo el joven Pedro; pues qué, madre mia, os ausentais?

— Ay! sí.

— Porque, madre?

— Mi sitio no es ya junto al trono. Mañana parto.

— Y donde vais?

— A Barcelona, á mi querida patria.

— Y que vais á hacer allí?

— Quiero entrar en un claustro. Retirada del mundo, en el fondo de una celda como mi padre, rogaré á Dios por tí, por mí, por la memoria de tu padre!

Nada pudo disuadirla de esta opinion.

Tuvo Pedro que dejarla partir.

Llegada á Barcelona, perseverando la reina de Chipre en su resolucion, tomó el hábito y pasó los postreros años de su vida rezando, ayunando, mortificándose, deseando ganar el camino del cielo por la escala de la contemplacion, del ascetismo y de la penitencia.

Cuando murió, fué, ya lo sabemos, enterrada en el convento de San Francisco, donde el vulgo decia que su tumba obraba milagros (1).

(1) Tenemos noticia de que el cadaver de esta reina, el de Doña Sibila de Forciá, el de Alfonso III *el liberal* y algunos otros, fueron salvados de la destruccion general, y pronto Barcelona deberá al celo de su Academia de buenas letras verles colocados respetuosamente en la catedral y en honrosas sepulturas.